



Narnea, la última Atlante

Por Teresa Pérez Landa

¿Cuántos han buscado la Atlántida?, ¡cuánto esfuerzo inútil! La última de los atlantes se llevó consigo la memoria de todo cuanto aconteció el terrible día en el que el tsunami se tragó su mundo conocido. Solo quedaron en pie algunas columnas, otrora imponentes templos que se alzaban hasta casi tocar el cielo. Y sobre una roca en mitad del vasto mar, aún embravecido, Narnea,

semidesnuda, observaba sumergida en un llanto incontenible el fin. Tan solo una hora antes pensaba en lo bonito que había amanecido el día. Pero como si a los dioses no les bastara con haber asesinado a un pueblo entero de pronto un agujero se abrió tras las nubes, redondo, brillante, inmenso. Narmea dirigió su mirada hacia arriba con la boca abierta. El mar empezó a girar de nuevo provocando olas como muros, las pocas columnas que habían quedado en pie se hundieron y una luz cegadora bañó todo, no había horizonte, no había norte ni sur, solo luz. Narmea sintió como si un gigante la agarrara con su enorme brazo por la cintura y la agitara como un muñeco roto. Ya todo daba igual. Sabía que iba a morir. Su cuerpo se fue desintegrando como aquellas columnas, pedazo a pedazo, hasta no quedar nada. Su anillo, sus pulseras y brazaletes, todo cuanto la había adornado hacía tan solo segundos yacía inerte en el fondo del mar, para siempre.